

maghenta
EDITORIAL

KRTM

Snuff movie

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición

© Ricardo Clark, 2007

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. 976 106 300
Fax 976 106 301

Depósito Legal: Z-661/07
I.S.B.N.: 978-84-935490-7-7

Impreso en Zaragoza, España
Talleres Editoriales Cometa.

KTRM Snuff movie

RICARDO CLARK

A mis allegad@s

¿Quién vigila al vigilante?

DEMOCRACIA ATENIENSE

Nada nuevo hay bajo el Sol

PROVERBIO ROMANO

Quien siembra vientos, recoge tempestades

REFRANERO CASTELLANO

¡Cuán peligroso resulta para un príncipe o una república, dejar sin castigo el agravio cometido contra un país o particular!

[...] Es difícil encontrar un ejemplo más claro de esta verdad que lo sucedido a Filipo, rey de Macedonia, y padre de Alejandro Magno.

Entre sus cortesanos se contaba el joven Pausanias, tan hermoso como alta era su cuna. Atalo, destacada figura de la corte de Filipo, se obsesionó por aquel joven; y habiendo tratado inútilmente de ser correspondido en su malsana fijación, planeó obtener, mediante astucia o brutalidad, lo que no pudo conseguir de otra forma.

Celebró pues un gran banquete al cual invitó a Pausanias y a varios nobles más. Tras asilvestrar a estos últimos merced a la destemplanza en el consumo de manjares y licores, les convenció para primero raptar a Pausanias, y luego llevarlo a un sitio retirado, donde Atalo, no satisfecho con profanarle, espoleó a otros muchos que imitaron su infame proceder.

Pausanias protestó reiteradamente por aquel agravio ante Filipo, quien, tras haberle prometido Justicia en varias ocasiones, no sólo no hizo nada en ese sentido, sino que además también le ofendió, proponiendo la candidatura de Atalo a un gobierno Griego.

Olvidándose de Atalo, el enfurecido Pausanias desarrolló un odio mortal contra aquel rey que, yendo en contra de la palabra dada, privilegiaba al culpable de la vejación que sufriera, en lugar de castigarlo.

El día que iba a celebrarse el matrimonio de la hija de Filipo, concertado su desposamiento con Alejandro de Epiro, mientras el monarca Macedonio caminaba entre sendos Alejandros uno su hijo, su yerno el otro, Pausanias le dio muerte.

[...] El príncipe nunca debe tener en tan poco a súbdito alguno suyo, como para creer que, añadido su propio ultraje al que éste haya padecido de un particular o palaciego, no vaya a germinar en el agraviado idea de venganza en perjuicio del mismo príncipe, aun cuando tal acción conlleve el de su propia persona.

Nicolás Maquiavelo.

DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO

K

KIDNAPING / SECUESTRO

La pareja caminaba felizmente acaramelada por las calles del centro de la ciudad. Ella acababa de responderle que sí a una de las preguntas más importantes de cuantas puede formular un hombre a lo largo de sus días.

Hypatia Juárez de Santa Ágata recordaría ese día como el más feliz de su vida. Acababa de decirle a Simón, su futuro marido, que esperaba los hijos de ambos, y él había reaccionado pronunciando unas palabras mágicas para ella: –Entonces, ¿Nos casamos?–. Había dudado mucho si decírselo o no, por miedo a que él la abandonara; lo que jamás había dudado era que iba a traer esos bebitos al mundo. Ella no fallaría a sus hijos como sus progenitores le habían fallado a ella. De modo que decidió que lo mejor sería saber cuanto antes qué actitud tomaría el padre al respecto; si iba a poder formar, por fin, esa familia que es el sueño anhelado de todo huérfano, o si por el contrario iba a tener que pelear sola para sacar a sus hijos adelante, era una duda que necesitaba, visceralmente, disipar. Ahora la duda había quedado despejada, igual que el camino de Hypatia hacia la felicidad.

Desde el día en que fue abandonada a las puertas del orfanato de la ciudad, Hypatia jamás había sentido que su vida la perteneciera. Su nombre lo escogió una monja aficionada a la lectura, en recuerdo de la mujer que dirigió la Biblioteca de Alejandría. Sus apellidos eran la denominación de la ciudad en que estaba situado el centro, y el apelativo de la santa del día en que la recogieron. Si bien nunca la faltó qué comer, en un orfanato no suele haber margen para muchos lujos; de modo que su ropa siempre fue *heredada* de otros internos a los que les quedaba ya chica y, obviamente, jamás tuvo habitación propia. En cuanto alcanzó la mayoría de edad, se despidió de las monjas y entró a trabajar en la maquila, la industria local. Mil veces le habían

sugerido dedicarse al striptease o la prostitución, empleos en los que a buen seguro habría ganado cantidades mucho mayores de dinero; pero Hypatia siempre había desdeñado tales propuestas. Con ella las monjas habían sido muy cariñosas, de modo que aceptaba sin reservas la educación que le habían dado; educación en la que, lógicamente, no había lugar a considerar semejantes formas de ganarse la vida.

Ciertamente, con el cuerpo de diosa que le había tocado en suerte, podría haber hecho una fortuna. Sus pies, pequeños y delicados, sostenían una alta y esbelta figura, de piel cobriza cuyo tono semejava la teca, en la cual quedaban prietamente embutidas unas carnes frescas y firmes. Las piernas, perfectamente torneadas, estaban dotadas de esa cadencia mágica para caminar con sensualidad que sólo unas pocas afortunadas poseen. La perfecta curvatura de sus caderas delimitaba un delicioso monte de Venus, en cuya base se adivinaban las hermosas formas de un sexo insinuante y juguetón. Sus nalgas, redondeadas y suaves como las de una bebida, se fundían dulcemente con una espalda portentosa. Incrustado en su vientre, presentando la concavidad imprescindible para dotarlo de esa sensual feminidad que muy pocos artistas han sabido captar en su obra, se encontraba un hermoso ombliguito chato. Sus turgentes pechos, del tamaño ideal para ser abarcados por una mano, eran pura poesía: el perfecto redondeo en forma de gota de agua que presentaban de perfil, sólo era interrumpido por sendas aureolas de un tono canela oscuro, grandes y bien pronunciadas, en cuyo centro exacto se destacaban dos exquisitos pezones. Los brazos, firmes y ligeramente musculados, terminaban en unas manos gráciles y delicadas. Su cuello de cisne sostenía una linda cabecita, en la cual estaba esculpido un bellissimo rostro de facciones espléndidamente proporcionadas: los labios carnosos; una naricita respingona; sus ojos negros almendrados; cejas finamente pobladas; las mejillas rebosantes de colorido que lucía; una frente curvada en los puntos ideales; y unas orejas tiernas a la par que menudas. Todas aquellas cualidades, configuraban una cara que habría sido el sueño de infinidad de creadores plásticos. Adornando su boca, sendas líneas de dientes, perfectamente dispuestos y anacarados como perlas, junto con una lengüecilla rosada y vivaracha. El pelo, morenísimo y vigoroso, caía sobre sus hombros en una cascada de pura vitalidad. Hypatia era el sueño erótico de cualquier hombre.

Una furgoneta negra con vidrios polarizados se detuvo al lado de la pareja con un fuerte chirriar de neumáticos. La puerta corredera del costado se abrió, dejando ver a un grupo de cinco hombres vestidos con pasamontañas, guantes y botas de montaña negros, además de pantalones vaqueros, y chaquetas a juego con el símbolo que identificaba a sus portadores como policías, impreso en las mismas.

Dos de los hombres fueron a por Hypatia; uno de ellos la agarró por la base de su negra cabellera morena con una mano y la tapó la boca con la otra, mientras su cómplice la agarraba por los pies. Entre ambos la subieron a la furgoneta, donde ella continuó luchando inútilmente por liberarse hasta que una descarga de pistola eléctrica la dejó inconsciente.

Los tres restantes, tras aturdir al padre de sus hijos con otro arma eléctrica, le cargaron también en la furgoneta, que salió disparada en cuanto todos estuvieron a bordo, mientras la puerta corredera se cerraba.

Aún olía a neumático quemado cuando la furgoneta desapareció de la vista de las personas que, atónitas, habían presenciado la escena.

Cuando despertó, Hypatia se encontraba en un cuartucho húmedo y frío, sin ventanas. No había iluminación alguna, así que estaba a ciegas. Tanteando, trató de ponerse de pie, momento en que descubrió que estaba descalza tocando el techo cuando intentó acuclillarse. Tumbada tampoco podía estirar las piernas.

Estaba aterrada; hacía años que con regularidad desaparecían personas de las calles de Ciudad Juárez para no volver a ser vistas jamás. A menos que sus cadáveres testimoniaran, pasado el tiempo, lo que había sido de ellas. Muchas veces los cuerpos encontrados describían con todo lujo de detalles la horrible agonía que les había sido infligida como preludeo de su asesinato.

Sabía que a ella no la habían escogido para ajustarle cuentas pendientes por la sencilla razón de que no las tenía. Rezaba por que su novio sí la tuviera; quizás, si eran socios de él los que la capturaron, cabía la posibilidad de que la liberaran previo pago de lo que se debiera.

Una portezuela se abrió, inundando de luz el cubil donde estaba encerrada. Un par de manazas la agarraron del cabello y la arrastraron fuera.

Aturdida, entumecidos los músculos y cegada por la luz, sintió cómo era tumbada boca abajo en el suelo y, apoyando una rodilla sobre ella, le esposaban las manos a la espalda.

Dos individuos agarrándola cada uno de un brazo la levantaron. Sus piernas, incapaces de sostenerla debido a la mezcla de pánico y entumecimiento muscular que le embargaba, arrastraron por el suelo cuando los hombres comenzaron a caminar cargando con ella. Mientras era trasladada, Hypatia fue recuperando la vista. Lo que primero intuyó borroso tras una neblina y finalmente vió con toda nitidez, disipó cualquier esperanza: no iba a haber ya un final feliz para ella; el héroe rescatador que aparece en el último instante no figuraba en éste guión.

Un grito desgarrador nació de lo más profundo de su ser.

Tenochtitlán, 1486

La fastuosa *consagración* del gran templo de Huitzilopotchli atrajo a un gentío procedente de todos los rincones del Anáhuac: en su cenit de poder, el Imperio Azteca no podía escatimar gloria al dios de la guerra, que tan benéfica influencia ejerciera en favor del pueblo mexicana.

¡Cuánto tiempo había transcurrido desde que el águila enzarzada en combate contra la serpiente les indicara que allí debían asentarse! ¡Y qué ímprobos esfuerzos costó cumplir la profecía! Porque el ave luchó posada sobre un nopal enraizado en la hendidura de una roca diminuta, que emergía en mitad de un lago. Aún así, obedecieron el divino designio.

Sólo lenguas bífidas enemigas osaban afirmar que eligieron ese antaño inhóspito emplazamiento, en tiempos pantanal infestado de reptiles venenosos, por simple impotencia para proteger a sus mujeres de mejor forma que huyendo.

Muchos de esos bocazas, ahora involuntarios *protagonistas* de la *ceremonia*, admiraron la gigantesca megalópolis erigida desde entonces antes de ser sacrificados, purgando así su atrevimiento.

La procesión de cautivos de guerra alcanzaba los tres kilómetros de longitud. Llevó varios días inmolarlos pese a lo simple del proceso: únicamente les sacaron el corazón como solía hacerse, sin rituales añadidos que complicasen la tarea, pues, a diferencia de festejos anteriores, no hubo tortura previa.

También fue signo distintivo de la ocasión el que tampoco figurasen entre los ofrendados féminas o niños.

En loor de multitudes, sus sacerdotes exhibían esos *trofeos* según iban arrancándolos de aquellos hombres.

Unos sesenta mil en total.

Grey reservada durante años anteriores, al equivaler dicha cifra a los *consumos* promedio trienales de la *fe* por esa época, calculados conservadoramente. El almacenamiento de cráneos en edificios ad hoc, testimonió ante la historia, una vez extinta la latría que existiera en una parte de lo que hoy son los Estados Unidos Mexicanos, nación cuya capital descansa sobre el escenario de la referida matanza.

Entre las múltiples religiones que, obviadas las hipocresías con que común e infructuosamente pretenden enmascarar sus actos, han probado a través de éstos un menosprecio absoluto por la vida humana, y no ser sino mera excusa para robar al adversario e infligirle sufrimiento, ocupa una posición destacadísima la que rindiera culto a tal divinidad bélica.

Si bien resulta imposible afirmar cuál ostenta el triste récord por cantidad de víctimas o calidad del suplicio padecido antes de su óbito.

Las Vegas, USA. Siglo XXI

Adam Smith encuadró a su *modelo* en el objetivo de la cámara y disparó la enésima foto. Llamándolos modelos los depersonalizaba, y depersonalizándolos, el trabajo de obtener información de los cadáveres se hacía más llevadero.

La verdad era que en el caso de ésta, la muerte rápida, de un tiro en la boca, había sido una bendición, pensó.

—¿Le quedan muchas por disparar?

—Esa era la última —respondió.

—¿Qué opina?

—Veamoooss... Tenemos sesos desparramados por todo el piso, y un revólver en su mano. ¿Qué quiere que opine así, a primera vista? -Dijo, volviendo a su tarea.

Él tenía perfectamente claro lo que había sucedido. La muerta, una mujer de mediana edad, se había descerrajado un tiro tras meterse el cañón del revólver en la boca y apuntarlo hacia la coronilla. Aunque estaba obligado a realizar las pruebas pertinentes, Adam Smith, forense del FBI, la policía federal de Estados Unidos, sabía distinguir un suicidio genuino de uno que no lo fuera.

Pero si él tenía que esperar para poderlo afirmar oficialmente, el idiota que le había estado metiendo prisa desde que llegó también esperaría para saberlo.

A juzgar por el aspecto que presentaba el cadáver, muy delgado, casi esquelético, la finada debía de padecer alguna enfermedad terminal y optó por ahorrarse problemas, creándose los así al departamento de policía de Las

Vegas, que era el que en principio tendría que haber hecho el aburrido papeleo que envuelve un suicidio.

Adam no se extrañó de que la agencia federal antidrogas, la DEA, mostrara interés en el caso, dado que la muerte presentaba el aspecto de una yonqui, y la mansión en que vivía presentaba ese inconfundible aspecto que los narcotraficantes suelen dar a sus fincas cuando han prosperado lo suficiente como para adquirirlas: lujo tan recargado que se hace cargante, y un ornato exagerado, pastiche a medio camino entre palacio de invierno de un zar y castillo de cuento de hadas. Pero no entendía qué pintaba él allí, pues el CSI, equipo forense local, disponía de laboratorios y equipos tan buenos o mejores que los que él tenía para hacer los análisis preceptivos; y no le constaba motivo alguno por el que esta muerte cayera en la jurisdicción del FBI en lugar de en la de la policía local.

Todo le extrañaba y le cabreaba a la vez, pues le molestaba tener que hacer trabajo ajeno sin saber por qué, máxime teniendo en cuenta que si la policía de Las Vegas reclamaba el caso seguramente tendría que dárselo, y sus horas de trabajo, plasmadas en un informe, se las quedarían ellos por la cara.

—Llámeme en cuanto sepa algo a ciencia cierta —le espetó el cagaprisas.

—¿Dónde está el fuego? ¡Ni que fuera la Monroe quien está ahí tendida!

Por toda respuesta, el otro le tendió una tarjeta con su teléfono, donde se indicaba además que Adam había tenido el placer de tratar con el Agente Especial de la DEA Joseph Gray.

Terminado el trabajo de campo Adam se largó rápidamente en dirección a su coche, pues no quería que en el último instante como siempre le ocurría, alguno de los ayudantes golpeará la ventanilla del mismo cuando ya lo hubiera puesto en marcha, acontecimiento que sucedía la mitad de las veces con un noventa por ciento de probabilidades de que Adam tuviera que regresar al escenario de la defunción y perder al menos otros tres cuartos de hora con el asunto. Y si él iba a renunciar a una cita con Eva, no sería desde luego ni por un suicidio obvio, ni por complacer a *Mr. gran agente especial de la DEA*.

La prisa es enemiga de la perfección. Y las prisas de Adam aquella tarde iban a marcar un punto de inflexión en su vida como jamás hubiera podido imaginar.

Se sintió aliviado; había llegado antes que Eva al restaurante donde quedarán para cenar. Dos cosas había que Eva no soportaba: el desaseo personal y la impuntualidad. Comoquiera que el pobre Adam siempre iba con la hora pegada al culo, y nunca sabía cuando iba a comenzar o acabar su jornada, le resultaba extraordinariamente difícil satisfacer ambas exigencias de su novia.

Pero hoy, sexto mesversario de su relación, debía conseguirlo; no todos los días se celebra el llevar medio año con una persona. Y en el caso de un agente de la ley, desde luego era todo un logro, pues sabido es que las mujeres se cansan pronto de la imprevisibilidad de horarios que va inexorablemente unida a la profesión.

—¡Eva! —saludó Adam cuando llegó la mujer, levantándose a besarla apenas dos minutos después de haberse sentado a la mesa que tenía reservada.

—Hola cariño. ¿Llevas mucho rato esperando? —respondió ella.

—Un ratito —mintió él, resarciéndose de alguna que otra regañina por retrasos anteriores— ¿Quieres tomar algo, o pasamos directamente a la cena?

—Preferiría comer ya; he pasado todo el día con la tostada y el café del desayuno.

—Así de preciosa te conservas —dijo Adam—. Y, en efecto, Eva era muy bella, tanto de cuerpo como de espíritu. Enfermera en el hospital del condado, se conocieron una tarde que Adam ingresó de urgencia; él se sentía muy humillado, puesto que después de haber servido en los marines como médico de campaña e ingresar en el FBI, la primera vez que tenía que acudir a un servicio de urgencias en su vida lo hacía debido a un accidente doméstico con la plancha. Eva, al verle tenso y parco en palabras, supo dulcificar el trance con su hermosa sonrisa latina y sus atinados comentarios. Bella persona y bonito envoltorio, Adam decidió que sería suya y aprovechando su condición de médico, logró quedar con ella para otro día. Hoy hacía seis meses.

—Eres un sol, mi amor, ¿cómo supiste que siempre había querido cenar aquí?

—Tus compañeras me ayudaron, cariño. Sabes escoger los sitios desde luego. Los entrantes que nos han traído están deliciosos —respondió Adam.

—Medio año juntos. Es bonito. ¿Recuerdas cuando picaste el anzuelo en el hospital?

—¡Eh, eh eh! —contestó él, fingiendo enfado— Si no recuerdo mal, fui yo quien te conquistó a ti.

—Querido, sólo os dejamos creer que conquistáis aquello que nosotras deseamos que conquistéis, para satisfacer vuestro terrible ego de machos cabrios —aseveró ella con voz sensual y una sonrisa.

Ambos rompieron a reír.

La suave luz del amanecer los halló fundidos en un tierno abrazo, caldeados sus cuerpos por las cenizas aún calientes de la chimenea. Yacían desnudos sobre la alfombra persa que cubría todo el suelo de la estancia, arrojadas sus carnes bajo una suave manta de cachemir.

Adam despertó a la consciencia envuelto en una gratificante sensación de relajación y bienestar, sintiendo cómo una inusual modorra le invitaba a remolonear todo el día allí. Cuando fue a abrazar la cabeza de Eva, encontró el hueco vacío; luego percibió con nitidez el jugueteo que estaba teniendo lugar bajo las sábanas, y por fin vino el estallido. Unos labios envolventes se enroscaron al cuello de su glante, y una mano firme sujetaba el pene en éxtasis. Mientras Eva succionaba el semen de su amado y lo iba bebiendo, su retozona lengüecita continuó relamiendo el exhausto frenillo.

Cuando terminó la mujer ascendió suavemente hacia la boca de Adam, arrastrando su larga cabellera de color miel a lo largo del musculado vientre de su hombre. Parejas al fin ambas testas, los labios se estamparon con un frenesí que rivalizaba en vigor con el que demostraban los brazos por aplastar el cuerpo del otro contra el propio.

—Feliz mesversario amor mío; espero que no te importe que te haya dado mi regalo con un día de retraso.

Adam no pareció molestarse por ello.

El que sí estaba bastante molesto por la tardanza de Adam en realizar el informe forense sobre la muerte del día anterior era su jefe de sección, el capitán Davids; nada más aparecer por la puerta de las oficinas, sin tiempo siquiera de dejar sus cosas sobre la mesa, Adam fue *invitado* a conversar en el despacho de su jefe.

—Verás Adam, el DEA ese con el que coincidiste ayer informó a su jefe de que apreció hostilidad en ti; ese jefe habló con otro jefe, éste con un subalterno... ya sabes, la cadena de mando. El caso es que esta mañana, justo cinco minutos antes de la hora en que debía sonar el despertador, mi superior me telefoneó algo irritado porque a él también le molestaron a la hora que no debían.

»No voy a montarte el número porque los chulitos de la DEA me sacan de quicio tanto como a ti; pero sí quiero que olvides todo lo demás hasta no haberles dado lo que piden de una vez. Y además, que se lo des ya, quiero perderlos de vista de una puñetera vez.

Adam sabía que su jefe no era ni mucho menos uno de esos histéricos comisarios que salen en las películas, ametrallando a berridos a todo el mundo tan pronto como su café tuviera demasiado azúcar. Si ordenaba lo que ordenaba, es que a él no le habían dejado margen de maniobra. Además, tal como había empezado el día, no quería estropearlo discutiendo.

—Hoy por la tarde lo tendrán —contestó.

Pero el día se le estropeaba por momentos. Redactar el informe fue sencillo: una autopsia algo más detallista de lo habitual para que los DEA no la piaran luego, y en paz. El problema surgió al querer ilustrar el informe con las fotos tomadas, puesto que el carrito había desaparecido: el bolsillo de la chaqueta donde lo guardó ayer estaba agujereado.

Ahora solían usarse cámaras de fotos digitales, pero la de Adam se rompió y mientras la reparaban estaba usando una de las que deben cargarse con película, que, cuan chatarra, se apilaban en un cuarto trastero del edificio. Menos mal que por lo menos creía saber dónde se le cayó el carrito, puesto que recordó que saliendo ya de la habitación donde tomó las fotos, sintió un golpe en el zapato y oyó algo rodar por el suelo; pero con las prisas, se había limitado a dar un vistazo y al ver nada, continuó su camino.

De modo que fue hacia el coche con la firme convicción de que si su informe no incluía fotos, Davids sí montaría un número.

La luz del mediodía entró a raudales por la cristalera de la habitación cuando Adam descorrió la cortina. Dejando aparte el mal gusto con que fuera decorada, la mansión parecía un lugar idílico para vivir: un jardín del tamaño de un campo de fútbol, espacios amplios y bien iluminados, lujosa decoración...

Adam nunca dejaba de sorprenderse de la cantidad de gente que, teniéndolo todo se suicidaba.

—Bueno —pensó—. Todo menos salud para disfrutarlo.

En la puerta encontró de guardia un agente de la DEA que le hizo firmar la entrada en un registro. Definitivamente el interés que ponían en el asunto era poco común.

Media hora más tarde su futuro inmediato parecía llenarse de problemas: seguía sin encontrar el rollo de película. Primero había mirado con una linterna debajo de todos los muebles de la sala; luego movió las alfombras. Nada. Desesperado, decidió empezar a mover muebles. Cuando los hubo movido todos salvo un mueble bar enorme que llegaba hasta el techo y estaba atornillado a la pared casi se rindió.

—¡Qué demonios! —musitó, y fue a pedir ayuda al agente que estaba fuera.

—¿Es que ustedes los del FBI no saben hacer un poco de bricolaje solos? —se mofó aquel.

—¡Claro! ¿Cómo quiere que le deje su nueva cara? —preguntó Adam, corriendo en seco aquella conversación— Y ahora tráigame esos destornilladores, por favor.

Tras otra media hora de desatornillar y jurar en arameo mientras desplazaba el mueble a empujones, el agente del FBI lo vio. Había rodado por debajo del mueble y caído dentro de un pequeño hueco que había en el suelo, imposible de ver cuando el mueble estaba sobre el mismo. Adam metió la mano y sacó el carrete; curioso, iluminó la oquedad con su linterna.

Dentro había un DVD que cogió y se guardó; luego lo vería, más por curiosidad que por pensar que guardara relación con el suicidio que tenía que

investigar. Además, le repateaba que una hora suya moviendo muebles significara entregar una prueba extra a los perezosos de la DEA sin siquiera averiguar qué era.

Decidió luego seguir examinando el hueco; ciertamente, de no haber estado abierto jamás habría sido encontrado. Lo comprobó al colocar la tapa que lo cerraba, que halló al rebuscar dentro. Era una loseta como todas las demás que pavimentaban el piso. Una vez puesta no desentonaba en absoluto. Claro que pedir que se acordara de ponerla a una mujer cuyos análisis clínicos postmortem indicaban niveles de droga en sangre como para dopar un caballo, era mucho pedir.

—Un trabajo tan bueno, ¿Para ocultar qué? —definitivamente vería el contenido del DVD.

Aquella tarde en la oficina completó su informe; sólo le quedaba llamar a Gray para que enviara a buscarlo. Tras el segundo tono, el de la DEA contestó.

—Gray.

—Adam Smith. Tengo listo lo que quería. Mande alguien a buscarlo.

—Muy bien. Y ya que estamos, ¿qué hacía usted esta mañana en la casa?

—Mi trabajo como investigador forense. ¿Algún problema? —contestó Adam, irritado. Al mierdecilla de la puerta le debió de faltar tiempo para ir con el cuento. Pasando a la ofensiva el agente del FBI espetó— Por cierto, sepa que si tiene algún problema conmigo prefiero que me lo diga a mi a la cara, no que ande por ahí pregonando cosas. Cortesía profesional, ¿entiende?

Gray prefirió colgar.

Al día siguiente Adam tuvo que volver a la mansión; la tarde anterior había intentado visualizar el DVD en su casa pero su ordenador sólo produjo nieve en la pantalla. Por ello pensó probar a verlo en el aparato que había en la estancia donde fue hallado el cadáver. Tras meterlo en el reproductor le dio al play y esperó. Más nieve.

Intrigado, Adam decidió llamar por el móvil a su amigo Michael Windows, de la división de delitos informáticos de la Agencia de Seguridad Nacional, que ahora estaba destinado en Washington.

—Windows.

—¿Que passsoooo?

—¿Adam? ¿Qué es de tu vida, granuja?

—Pues nada, que estaba por aquí y se me ocurrió decir: voy a llamar a mi amigo Michael y a preguntarle cómo están su mujer y mis hijos.

—Entiendo –respondió el otro, aún soltero, entre risas–. ¿Qué te hace falta y con cuánta urgencia lo quieres?

—Te cuento; tengo un DVD que no se puede ver. He probado en mi ordenador y en el reproductor de su dueño, y nada.

—Mándame el disco y el reproductor del dueño, y en cuanto pueda los examino.

—¡Eres un colega, Michael!

—Entre ex-cadetes debemos ayudarnos, ¿no? Bueno, un abrazo.

—Salúdame a los tuyos.

—De tu parte, igualmente.

Ciertamente, Michael fue de lo más curioso que Adam conoció durante su estancia en la academia del FBI. Apasionado de la informática, disciplina en la que era Ingeniero de Sistemas, era también un excelente deportista; de hecho cada cierto tiempo cogía su bicicleta y recorría pedaleando algún estado de la unión.

Sólo tuvo un problema grave para graduarse: cuando Adam le conoció, estaban a punto de echarle del curso porque era un completo negado en materia de defensa personal. Adam dedicó todas las pocas horas libres que le dejaba el exigente cursillo a entrenarle en las técnicas de lucha cuerpo a cuerpo de los marines. Sudó tinta china y ciertamente Michael nunca sería un boina verde; pero al menos superó el nivel exigido para graduarse. Windows siempre estaba disponible para Adam.

Tras acabar su conversación Adam guardó su celular en el bolsillo junto con el DVD; luego tomó el reproductor de encima de la mesa y, tras firmar un recibí por el aparato al guardia de la puerta, se marchó. ¿Cuánto tiempo tardaría en llamar su héroe de la DEA?

Dos días más tarde tuvo la respuesta cuando vió que en la pantalla de su móvil aparecía el número de Gray. Adam dejó pasar las dos primeras llamadas quitando el sonido. A la tercera se lo cogió, pero al décimotercer tono. Así aprendería a colgarle el teléfono.

—Smith.

—¿Para qué demonios necesitaba llevarse el reproductor de la casa? ¿Qué ha encontrado que yo deba sa...

En ese momento, Adam despegó el auricular de su oído, y esperó tarareando el yankee doodle do siguiendo el ritmo con los dedos sobre la mesa, a que *Mr. DEA* se diese cuenta de que estaba hablando sólo. Finalmente, respondió.

—Escuche maleducado, como vuelva a colgarme un teléfono en su vida, la próxima vez que me llame esperará no ya tres llamadas, sino hasta que el infierno se congele. Segundo punto: soy el forense encargado de investigar una muerte, de modo que es usted el INVITADO en MI escena de defunción, no yo en la escena de lo que demonios quiera que esté usted investigando. Tercero y último, de la escena de mi defunción me llevo lo que me dé la gana para investigarlo. ¿Aclarado?

Se produjo un largo silencio en la línea. —Estupendo—. Pensó Adam-. Parece que el tío es capaz de pensar.

—O.K., Smith; usted y yo hemos comenzado con mal pie. Si le parece, comamos juntos y pongamos las cartas sobre la mesa.

—Paga usted.

Gray resopló, ahogando malamente una carcajada.

—¿*Le Grand Joe's* o *Magnifique Frankie's*? Le advierto que por mucho que busque, no los encontrará en la guía del gourmet —dijo con sorna.

—Con que pongan una hamburguesa en condiciones...

Unas horas más tarde, sentados ante sendas masas de carne empanada y vasos de refresco del tamaño de un cubo, continuó la conversación.

—Mire Adam, la situación es la siguiente. La muerta que tiene usted en sus neveras, era la jefa de distribución local en Las Vegas del polvo blanco que el Cártel del Escorpión vende en esta ciudad. Y el Cártel del Escorpión es el grupo más poderoso de cuantos operan en Ciudad Juárez, que es punto de paso para mucha de la cocaína que llega a Estados Unidos.

—¿Ciudad Juárez? Un colega me habló del sitio. Ahí es donde se encontraron hace unos años aquellas fosas comunes en ranchos de narcos, ¿no?

—Sí, hasta que los mexicanos (y, confidencialmente, también algunos de los nuestros), se acojonaron con la magnitud del tema y no quisieron seguir la operación conjunta entre los dos países

—Mi amigo quedó acojonado. Me dijo que casi todos los cadáveres, algunos hasta de niñas, presentaban signos de torturas atroces.

—Ahí abajo se está librando una guerra abierta, Adam. A lo largo de toda la frontera con México, las bandas luchan sin reparar en costes humanos; para esa gente la vida ajena nada vale. Y el premio que aguarda a un eventual ganador, es la torrentera de millones que mueve el narcotráfico hacia aquí, ¿Sabía que el negocio anual supera el producto interior de muchos países?

El del FBI asintió con la cabeza, mientras su colega continuaba hablando.

—Después de lo dicho, comprenderá que queramos descartar con seguridad el asesinato en el caso que nos ocupa; si la tía se suicidó, seguramente pueda haber una sucesión relativamente pacífica en Las Vegas y asunto zanjado. Pero si hubo algo más...

—Comprendo; no queremos narcofosas a este lado de la frontera. Y, dígame, ¿cómo de sucia está la policía de aquí?

—¿Por?

—Vamos, Gray. No lo estropee, que hasta ahora su sinceridad me había convencido. Ni ustedes pueden ver al FBI, ni nosotros a la DEA; si no

queda más remedio que pedir ayuda, ambos recurrimos siempre a los locales, que son más manejables aunque tampoco nos tragan. ¿Por qué darme el caso a mí?

—Está bien. Sí, tenemos sospechas de que elementos locales trabajan ya para el Escorpión; de hecho, la mañana en que la asistente denunció el hallazgo del cadáver, hubo más que palabras para conseguir que los policías locales que ya habían llegado a la escena se marcharan de allí sin llevarse pruebas. Les tuvimos que cachear para encontrar que debajo de la ropa, intentaban llevarse disquettes de ordenador sin que los viéramos. Por eso fui tan susceptible con lo del reproductor de DVD; dígame, Adam, ¿qué encontró?

—En realidad, nada de momento —el gesto de Gray se contrajo—. No, no, déjeme acabar —siguió Adam, que ya no veía motivo para mantener la ridícula pugna que les enfrentara—. El caso es que encontré un disco que no producía más que nieve en la pantalla, de modo que decidí que lo mejor era mandar analizar ambos, disco y aparato, por un experto. Pronto habrá resultados. Lo que sí puedo confirmarle es que su tan temida guerra de bandas no tendría por qué estallar; esa mujer se pegó un tiro. Sus razones para hacerlo no las puedo afirmar, pero sí conjeturar que el cáncer que la corroía debió tener algo que ver.

—Está bien, Adam. Lo de la muerta resuelto. En cuanto al DVD, confiaré en usted. Llámeme en cuanto sepa algo —como Adam se le quedara mirando fijamente, añadió con una media sonrisa—. Por favor —Adam devolvió la media sonrisa.

Días más tarde, Adam recibió en su domicilio un paquete de su amigo Windows. Contenía el material que él le envió, un segundo DVD y una nota. La nota, escrita con temblorosa caligrafía decía así:

Querido Adam: Ojalá que el contenido de tu DVD no fuera creación humana; eso al menos permitiría asimilarlo. No he tenido fuerzas ni para hablarte por teléfono: habría tartamudeado mucho; por ello preferí escribir como pude estas líneas. Aviso: Si lo ves nada volverá a parecerse igual.

Informo que el reproductor tiene un sistema lector añadido, que es el que permite visualizar el DVD. Pero además, hay que introducir un código que activa el programa de desencriptación que permite ver la película.

Afortunadamente (o desafortunadamente, la verdad, no sé qué habría sido mejor) sólo probaste a verlo dos veces. De haberlo intentado una tercera sin dar el código correcto, el DVD habría sido borrado por un programa grabado en el disco junto con la película. No me extraña que quien lo creó haya tomado tantas precauciones, dado su contenido. De hecho, son esas medidas de seguridad las que me han convencido de la autenticidad del mismo. Es un trabajo informático de primera. Pocos en el mundo sabemos hacerlo, y la mayoría de las policías cibernéticas del mundo no habrían sabido esquivar la seguridad: El disco se habría borrado.

Te adjunto copia del original para que puedas verla, si todavía quieres.

PD: Como sé que tú no tenías ni idea de lo que contenía el DVD, no te guardo rencor.

—Así que es una película —pensó Adam—. ¿Qué puede haber sacudido así a Michael?

R

RAPE / VIOLACIÓN

La habitación era del tamaño de una cochera grande, sin ventanas. El suelo presentaba una inclinación convergente, tanto hacia un canalillo que lo surcaba por la mitad, como al sumidero en que aquél desembocaba. Del techo plano no pendía iluminación alguna, pero sí varias argollas enfrentadas a otras tantas que brotaban del piso; lo atravesaba además la chimenea de una pequeña estufa encendida. Toda la habitación estaba alicatada. De una de las paredes salían una ducha de teléfono y un grifo enchufado a una manguera. Había también un pesado sillón de madera fijado con tornillos al pavimento, un transformador de corriente eléctrica, una bañera llena de agua, dos bultos tapados con lonas oscuras y varias cámaras de vídeo fijas.

En nada de ello reparó la secuestrada. Lo primero que sintió fueron las manos enguantadas de sus captores atenazando sus brazos desnudos. A continuación notó cómo ceñían a su cuello un collarín de cuero negro, colocando detrás de su nuca el aro metálico que iba inserto en el artílugio. Después percibió que ponían sendas correas en sus tobillos y muñecas. Según fue enfocando la visión, se fijó en las dos barras metálicas paralelas, como las que usan los gimnastas, que estaban situadas en el centro de la estancia. Sólo que esas barras tenían cepos correderos, donde insertar los anillos fijados a los correajes de cuero que le acababan de poner; y no estaban clavadas al suelo sino que el espacio entre las mismas, su orientación, y la altura, eran regulables.

Seguidamente observó a los hombres que la arrastraban; sus torsos desnudos, eran musculoso el uno y flácido el otro. Vestían ambos pantalón vaquero largo de color azul claro, cubriendo sus rostros con pasamontañas y calzando botas de combate, negros todos ellos. Múltiples focos inundaban de luz la habitación.

Luego se percató de que su novio estaba presente. Desnudo, colgado del techo por las muñecas encadenadas, con los pies también encadenados al suelo, los ojos vendados y amordazado.

Detrás de los focos entrevió una cámara de vídeo, y filmando con ella, un tercer hombre que seguía el desarrollo de la escena con enorme interés.

Y por fin reparó en la mesita que había al lado de una de las barras, cubierta por una tela negra de matiz sedoso. Cuando vio que Hypatia se fijaba en ella, una mujer encapuchada con un verdugo también negro, y vestida sólo con bragas y zapatos de tacón de aguja a juego, retiró la tela de un tirón, destapando la mesa.

La cautiva estalló en un ataque de pánico al ver dispuestas en perfecto orden sobre la misma toda una variada gama de herramientas quirúrgicas, de carpintería, y de oficios varios que fue incapaz de identificar. Bisturíes, martillos, alicates y sierras, compartían espacio con objetos cuyo nombre para ella era desconocido, circunstancia que hacía de su deforme y afilado aspecto algo aún más aterrador.

—¡Nooooo, suéltlenme! ¿Qué les he hecho yo a ustedes? ¡Simooooon, Simooooon! —gritó.

Al oírla, su prometido también comenzó a protestar, bufando tras la mordaza que le enmudecía y revolviéndose en el aire. Protestas que sólo provocaron la hilaridad de los sicarios.

—¡Miiiren el valientee! ¡Quiere salvar a su chicaa! —dijo uno de los hombres con voz distorsionada; cuando el resto de sus martirizadores festejaron el comentario con un coro de risotadas deformes, las víctimas comprobaron que no era el único en haber adoptado medidas para hacerla irreconocible.

Los dos tipos que la arrastraban la sentaron en el suelo y encadenaron sus pies a una de las argollas que brotaban del mismo. A continuación liberaron sus muñecas, con intención de sujetarlas inmediatamente a la cadena que pasaba por un aro de los que jalonaban el techo, y colgarla como a su novio. No pudieron a la primera. El instinto de supervivencia de la hembra preñada tomó el control.

—¡Ya, déjenme! —gritó ella, a la par que arañaba el torso de uno de sus captores. Quiso levantarse y correr, pero un tirón de sus tobillos le recordó

que no tenía esa opción. Antes de que los hombres reaccionaran aún tuvo tiempo de intentar clavar sus uñas en la cara del que había salido indemne de su primer ataque; cuando éste lo evitó agarrándola por la muñeca, ella le mordió con fuerza el antebrazo. El hombre la soltó y se liberó del mordisco sacudiendo su extremidad con fuerza, momento que aprovechó el otro para poner su manaza sobre el pecho de la mujer y aplastarla de espaldas contra el pavimento.

—¡Ja ja jiiiiaayyy, que torpes son ustedes dos! —rieron a coro los sicarios que no participaban en la tarea de inmovilizar a Hypatia, divertidos con las dificultades de sus colegas.

—¿Qué quieren? ¡Esta putita es una yegua salvaje! —cóntestó el que la había empujado mientras se ponía a horcajadas sobre el cuello de ella; mirándola fijamente a los ojos le arreó dos bofetones con la palma y el dorso de la misma mano, dejándola caer contra la cara de la prisionera como si fuera una guadaña en época de cosecha.

—A lo que se ve, preñadas se ponen más bravas, jeeeejeje —afirmó satisfecho.

Por fin pudieron encadenar sus muñecas; tirando entre ambos del extremo de la cadena, dejaron a Hypatia suspendida en el aire. Luego, mientras uno la mantenía colgada, el otro pasó los eslabones a través de una de las argollas del suelo, y cuando quedaron tirantes, ajustó un enorme candado.

Tras sujetar una cadenita a los anillos de las muñecas, la pasaron por el que había detrás de su cuello, y tras dejarla muy tirante unieron cadena y collar con un candadito.

—Toda suya —le dijo el del mordisco a la mujer de negro. Sonriendo, ella tomó de la mesita un cutter y con exagerada teatralidad, lo exhibió ante la cámara. Luego acarició las mejillas de la sometida con el filo.

—No todavía, preciosa —susurró al oído de Hypatia. Luego estampó sus labios contra los suyos, ensangrentados por la dentellada que diera al otro, y la besó con fruición, a lo que la cautiva, grogui aún por los guantazos y medio ahogada por el tirante collar de su cuello, no opuso resistencia.

Paladeando aún la sangre de su compinche y tras arrancar del cuello de Hypatia el colgante que ella llevaba puesto, la mujer agarró el pezón derecho

de su víctima a través de la blusa elástica de color crema que vestía, retorciéndolo con fuerza entre sus dedos pulgar e índice. Un espasmo de dolor sacudió el cuerpo de la secuestrada momento en el cual, su torturadora liberó la carne retorcijada para estirar la blusa por donde la tenía cogida y con un tajo de cutter, cortó la tela que cubría la teta derecha; en cuanto la prenda se reajustó al cuerpo, aquel pecho quedó expuesto en toda su hermosura. Repetida la ceremonia con el otro seno, la de negro agarró la blusa por los dos agujeros practicados y de un tirón la rompió, dejando así desnudo el torso de la cautiva.

—¡Qué tetas! ¡Os vais a divertir con esta guarra, chicos! —dijo aquella malhechora al tiempo que con las manos aplastaba los pechos de su presa uno contra otro. Acto seguido desabrochó el cinturón que ceñía los pantalones vaqueros de la secuestrada soltando luego la botonadura de los mismos, para una vez bajada la bragueta, meter su mano por debajo, tanteando el sexo rudamente. Hypatia gimió de dolor cuando su clítoris quedó atenazado entre los dedos de la otra, que lo apretó con fuerza mientras el tipo de la cámara atrapaba el momento con detalle.

—¿Visteis? ¡La muy zorrita no llevaba ropa interiorooooor! ¡Jiaaa, ja ja! —habló de nuevo la de negro, mientras daba un primer corte al pantalón en el punto donde la cremallera, completamente bajada ya, dejaba paso a la ingle de la vestidura.

—¡Deja que te ayude! —bramó el del mordisco, a la par que con sus enormes manos agarraba aquella prenda de ambos lados de la bragueta, y hacía jirones las costuras. A golpe de cuchillada y desgarros, la desdichada objeto del furioso ataque quedó completamente desnuda.

En tanto que ella rompía a gimotear de pura desesperación, el operador dio una vuelta completa a su alrededor, regodeándose en la hermosura que estaba filmando.

—¡Dios, es la mejor con diferencia! ¡Qué monumento! Lo vamos a pasar chévere hoy aquí —comentó mientras rodaba.

Cuando aquél hubo terminado su tarea los otros dos bajaron a la prisionera no sin antes arrearle unos cuantos guantazos.

—Pa domesticarla, manoooo —se mofaron.

Desnuda, llorosa y aterrada, quedó Hypatia tendida en el frío suelo, donde muy despacito adoptó la posición fetal. Uno de los hombres aprovechó para tumbarse junto a ella y abrazándola por los sobacos, ponerla encima suyo, cara a máscara con él. La grabadora inmortalizó los ojos acuosos, ausentes y cuarteados, como de pez muerto, que tenía ahora la infortunada.

—¡Qué deliciosas tetitas, siiiii! ¡Tomaré doble ración de crema de lechee-ee! —fue un comentario muy celebrado por los amigos de ese individuo, que flexionando la pierna hacia arriba, obligó a su víctima a abrir las suyas, quedando así a horcajadas sobre él; un tirón con sus manos por detrás de las rodillas, e Hypatia quedó tumbada sobre el cuerpo del sicario, exhibiendo su hermoso culito en pompa ante las cámaras. Por último, el sujeto separó sus propias piernas y procedió a desabrocharse el pantalón y exhibir sus atributos, antes de disponer su pene para una embestida contra la vagina.

—¡Abre la boca, so guarra! —gritó otro de ellos, forzándola a abrir la boca y metiendo a la vez sendos inmovilizadores a ambos lados de aquella perfecta dentadura suya. Quedó así incapacitada tanto para morder como para hablar. El sujeto encargado de atormentarla de ese modo era el mismo que con anterioridad se llevara impresa la marca de sus dientes, y no tenía intención alguna de repetir; de modo que esta vez poco habría podido hacer por resistirse, aún en el caso de que el pánico que la embargaba no se lo hubiera impedido de todos modos.

Terminada esa labor, el hombre se quitó los pantalones y ciñó a su cintura una ventrera ancha de cuero negro, disponiendo a su espalda, en el espinazo, la argollita que permitiría uncirla a las muñequeras que portaba la vejada. Una vez metido su cuerpo entre los brazos encadenados de aquella, le enfrentó el pene a la cara. Tras asegurarse de que la cadenita que unía el cuello de su víctima con las manos de ésta pasara entre sus testículos, el esbirro fijó las muñecas de la secuestrada al anillo situado a su espalda.

Ella trató de evitarlo, pero fue inevitable que su cara quedase aplastada contra el sexo de aquel individuo. Jamás en su vida había sentido tanto asco.

—¡Aún noo, mi amoor! ¿Vieron lo ansiosa que está por comérmela? —habló el abusador, mientras arrodillándose ante su cabeza, le obligaba a levantarla tirándole del pelo de la coronilla y nuca con las dos manos.

El tercer tipo mientras tanto, también se arrodilló a la altura de las nalgas de la prisionera, a horcajadas sobre el otro como ella; acto seguido apuntó su verga contra el orificio anal de la mujer. De un mordisco en el pezón izquierdo, el que la tenía encima de él sacó a esa hermosa joven del ensimismamiento en que había caído.

—¡Queremos que lo disfrutes, putitaaa! ¡Jaaaa ja ja! —dijo mientras se desabrochaba el pantalón.

—¡Adentro, jodones! —gritó la mujer de negro. A la vez, el trío de machos introdujo de un golpe sus falos en las cavidades de la ciudadana, ahora reducida a la condición de odalisca.

—¡Hhhhhmmmmfff! ¡Ffffhhhhmfff! —silenciada como estaba, del sufrimiento de Hypatia sólo dejaron constancia los bufidos que exhaló, las sacudidas espasmódicas de su cuerpo de fémina y los hilillos de sangre tibia que sintió deslizarse desde la vagina y el ano mansamente por entre sus muslos para acabar formando un charquito en el suelo.

Hasta el más mínimo detalle de tales vejaciones quedó registrado por el ojo imperturbable de cada una de las lentes dispuestas para ello.

Los violadores intercambiaron todos los papeles entre sí, ejerciendo ora de sodomizador, ora de jodiente o biberón. Mientras todos la penetraban, el hombre sobre el que yaciera la desdichada en cada momento retorció sus pezones hacia fuera o hacia dentro, los lamía con fruición y tiraba de ellos con los dedos. Tampoco dejaron de emplear los dientes aplastando, cortando y desgarrando la tierna carne.

Cada una de las tres veces fue uno distinto, pues organizaron los turnos de tal modo que su víctima conoció el sabor, tanto del semen de sus profanadores, como de sus propios ano y vagina; también probó el gusto de los escupitajos de aquellos, cuando estos fueron dirigidos a su boca y la forzaron a engullirlos.

—¡Ggggjijjj! ¡Ggghhhjjjj! —acabado ese suplicio, y libre ya la tragadera de los miembros de aquellos seres, más enmudecida aún por los inmovilizadores, Hypatia quedó acurrucada en el suelo, llorando como jamás lo había hecho en su vida.

Se sentía sucia. Sus pezones ardían de dolor, su esfínter desgarrado pulsaba al ritmo que latía su corazón y la sangrante vagina escocía terriblemente. El cuello no la daba tregua y habría vendido su alma a cambio de poder cerrar la boca.

Todo su ser suplicaba huir de sí mismo, aunque la máxima preocupación, el mayor temor que tenía en mente, eran los gemelos que esperaba.

En el guión de sus captores no figuraba darle tregua. Una suerte de *barra libre* de sexo salvaje dio comienzo. Uno de los individuos volteó a la prisionera y, teniéndola boca arriba, puso la cabeza de la mujer a la altura de sus genitales. Luego, tras abofetearla, liberó sólo su lengua del inmovilizador que la forzaba a mantener abierta la boca. A continuación bajó la bragueta de sus pantalones, que se había vuelto a poner por puro morbo y tras sacar su pene y testículos por aquella apertura, ordenó a la sexualmente esclavizada fémina que los lamiera. Confusa, ésta le satisfizo. A punto de eyacular, el hombre introdujo su pene hasta el fondo de la cavidad bucal y sin que ella dejara de dar lengüetazos se corrió.

—Cristo, compadre, la zorrita sí sabe hacer una mamada —dijo riéndose.

También la enmascarada, que observaba la escena con deleite, sonrió divertida; acto seguido se plantó al lado de la martirizada, apoyó su puño cerrado en los labios vaginales de su juguete y lo hundió hasta la muñeca en el sexo de éste.

—¡Aaaahhh! —chilló la así penetrada, retorciéndose de dolor y echando su cabeza atrás; fue un chillido distinto, un ruido animal más que humano el que desgarró el aire de aquel lugar. No era el primero de los que allí se oían; sí lo era de la infinidad de ellos que Hypatia prorrumpiría a partir de aquel instante.

Su cuerpo se arqueó violentamente en un espasmo, momento en el que uno de los hombres la pisó en el cuello y la estampó contra el suelo. Primero meó sobre su cara, cosa que ella trató de evitar en vano cerrando los ojos y moviendo la cabeza cuanto pudo; aunque tampoco entonces logró ahorrarse demasiados malos tragos del hediondo jugo.

El realizador no perdió detalle de cómo esa peculiar *ducha* corría por las delicadas facciones de la mujer, empapándolas, para continuar luego en cascada hacia el sumidero.

Vaciada su vejiga, aquel sujeto dispuso el cipote sobre las facciones de su víctima demandando que esta sacara la lengua y lamiera como había hecho antes con su compañero. Asqueada por esa experiencia previa ella se negó, lo que la costó un puñetazo en el pómulo; después el tipo introdujo los testículos en su boca, y le tapó la nariz.

—O chupas, y bien, o te ahogo ahora mismo —dijo; y de hecho, tan excitado estaba por la resistencia ofrecida, que habría cumplido su amenaza. La infortunada, incapaz de pensar sino en el oxígeno que le faltaba, empujó los testículos fuera de la cavidad empleando el músculo degustador y empezó a lengüetear con fruición.

Lamentaría haber desaprovechado esa oportunidad de morir rápidamente el resto de su existencia.

La de negro se acercó al novio de Hypatia y haciéndole arrumacos mientras acariciaba su pecho, le dijo.

—¡Qué, pendejo, ¿no vas a defender a tu chica? —el nuevo estallido de risotadas hundió a ese hombre en un estado catatónico, destrozado por los gritos de agonía de su amada, cegado a cuanto estaba ocurriendo, incapaz siquiera de hablar para consolarla; y sobre todo, hundido por la imposibilidad de arriesgar su propia vida en el intento de cumplir el hermoso deber de defenderla.

Entró en acción el tercero de los sicarios, quien tras levantar a pulso las nalgas de la cautiva agarrándola de los muslos con sus manazas, tomó su miembro con una mano y tras apuntarlo, empujó con fuerza contra el ojete de aquella.

Mientras el sodomizador continuaba su faena, los otros dos liberaron del suelo los tobillos de su esclava sexual y tras pasar dos cadenas por sendos aros en el techo, unieron los extremos de aquellas a las tobilleras que portaba. Cuando el que la estaba dando por culo se corrió la levantaron, dejándola colgada boca abajo con las piernas abiertas en Y. Su cabeza quedó a la altura de los huevos de sus martirizadores, quienes, sujetas las muñecas suyas al piso, atirantaron el cuerpo a tope.

Uno se enfrentó a ella, pene en mano; simultáneamente al empujón de caderas que lo introdujo en la boca de la prisionera, ésta sintió de nuevo también el

empujón de una extremidad mucho más gruesa abriéndose camino hacia lo más íntimo de su sexo. Su cuerpo convulso se sacudió cada vez menos con cada nuevo torturador que repitió la jugada, incluida la mujer de negro, quien, masturbándose sobre ella, derramó con sumo deleite sus zumos vaginales en la bebedera de la secuestrada.

Ni siquiera la zoofilia iban a perdonársela, merced a la postrera participación en la orgía de un chucho pastor alemán convenientemente adiestrado.

Un sinnúmero de orinadas, eyaculaciones, mordiscos, bofetones, escupitajos, torsiones, puñetazos y violaciones, a cual más caprichoso y retorcido que el anterior, continuaron sucediéndose durante un tiempo respecto del cual Hypatia había ya perdido toda conciencia. No la quedaban siquiera lágrimas que derramar; sólo una ausencia total de sí misma, rota a veces por el castigo al que era sometida.

No recordaría ni en qué momento se desmayó.

Las Vegas, USA

El contacto brutal con el horror en estado puro es paralizante; supone tal cantidad de nuevas sensaciones, que el cuerpo humano necesita tiempo, tanto para asimilarlas, como para decidir si le agrada o no lo recién experimentado. De hecho, una recomendación que se hace a los soldados antes de su bautismo de fuego es que pase lo que pase durante el mismo, no dejen de hacer algo, lo que sea; de lo contrario es muy probable que se queden mentalmente bloqueados, con lo cual sus probabilidades de supervivencia se reducen dramáticamente. Adam como buen ex-marine conocía esta regla a la perfección; no obstante también sabía que allí, en la seguridad de su casa, podía permitirse el lujo de quedar anonadado por lo que acababa de ver. De hecho tardó unos minutos en recobrar el control de sí mismo, pese a haber conocido ya el horror durante los combates librados al servicio de su país. Porque para Adam, aquella película no contenía sólo lo que cualquiera podía ver en ella: era además, portadora de una terrible respuesta a cierta pregunta que desde hacía años le martilleaba las sienas. Nada más terminar de verla, decidió que castigaría a todo aquel que tuviera algo que ver con la película de una forma que le haría lamentar el hecho de haber nacido.

De la autenticidad de lo visionado no dudó un instante: su poseedora, los antecedentes de violencia que le constaba se producían en el territorio dominado por los narcos para los que aquella trabajaba, el escondrijo donde fue encontrada la película, así como su propia experiencia personal como médico...; todos esos factores le guiaban hacia la estremecedora certeza de que lo contemplado era genuino.

Una vez recobrado un atisbo de serenidad decidió que el primer paso debía ser conseguir toda la información con que contase la DEA acerca de cómo y

con quién se relacionaba exactamente la carroña en cuyo poder había encontrado la película. Habría que sondear a Gray.

La oficina del agente de la DEA estaba muy espartanamente decorada por lo que tampoco iba a servirle de ayuda a Adam. Éste, debido al giro inesperado que acababan de dar los acontecimientos, trató de hacerse una idea de con quién estaba tratando; si deseaba convencer a Gray de que su colaboración debía ir más allá de un no me jodas y no te joderé yo a ti, era necesario convencerle para que siguiera el camino de la cooperación en lugar del de la confrontación. , para conseguirlo, saber cómo pensaba el individuo hubiera sido de gran ayuda. De modo que había preguntado a todos sus conocidos en las diversas agencias de seguridad en busca de información. Sin resultado.

Por deformación profesional, Adam, en su trabajo sólo confiaba para resolver un asunto en aquellos que tenían tanto que perder como él mismo si salía mal, o cuando no le quedaba más remedio; esta era una ocasión clasificable dentro del segundo grupo. Atacaría a ciegas empleando la artillería pesada.

—Es... ¿auténtica? —interrogó Gray al terminar de ver la película.

—Por desgracia sí —contestó Adam—. Como forense, puedo asegurarlo.

—Repelente —dijo el de la DEA incapaz de contener unas lágrimas.

—Exacto, John. Debemos cazar a los hijos de puta que han hecho eso. Y, para conseguirlo debemos colaborar tú y yo —dijo Adam, que animado por las reacciones de Gray, decidió que lo mejor sería plantear directamente su enfoque del caso, sin recurrir a subterfugios.

—Adam, deseo tanto como tú que los salvajes que han hecho esto paguen sus crímenes. Pero si la película apareció en una casa en Las Vegas, el caso debe llevarlo la gente de allí —contestó Gray, a quien el bloqueo mental que le producía lo que acababa de ver no le dejaba ver las implicaciones del asunto.

—Es cierto que la DEA no tiene jurisdicción sobre el caso. Pero yo, como forense del FBI podría forzar un poco el tema y reservar la investigación al

FBI haciéndolo parecer competencia federal. No será difícil. Ahora mismo andamos buscando unos diecisiete psicópatas sólo en el medio oeste.

—¿Entonces por qué vienes a verme? —interrogó el del departamento anti-narcóticos.

—Porque si hago lo que te he dicho, asignarán el caso a un *especialista*, de los que pinchan una chinchetita en un mapa de la pared de su despacho donde varias chinchetas iguales señalan la localización de pruebas o cadáveres, elaboran costosísimos *perfiles psicológicos* de los asesinos y se jubilan sin haber resuelto un caso.

Gray permaneció callado, expectante.

—Tú y yo lo sabemos —continuó Adam—. En este asunto tienen mucho que ver los del Escorpión; y no esperarán que les ataquemos por ahí. ¿Recuerdas que a Capone le encerraron por fraude fiscal? Es la oportunidad de meter entre rejas a esa gentuza de por vida.

»Así las cosas, de momento será mejor callarse la naturaleza real del asunto y presentarlo como un caso de drogas. Dado que tenemos una narcotraficante muerta en Las Vegas y constancia de que trabajaba con los de Juárez, colará. Además vosotros realizáis operaciones fuera de Estados Unidos día sí y día también, por lo que una más no provocará sospechas.

Gray asintió con la cabeza entendiendo por dónde iban los tiros. Recuperada ya su capacidad de raciocinio, había estudiado la suma de factores mientras hablaba Adam. El asco que le produjo lo que había visto, la posibilidad de resultados en su lucha contra una gente a la que su departamento llevaba algo menos de una década persiguiendo infructuosamente...; pero, sobre todo, las ganas de hacer algo que veía en el del FBI.

Gray sabía que una persona motivada puede obrar milagros ante situaciones de enquistamiento como la que impedía que hubiera progresos apreciables en el trabajo de la DEA.

—¿Qué quieres de mí, Adam? —preguntó, decidido a intentarlo.

—Necesito saber con quién trataba la guarra que tenía el disco, detalles sobre las organizaciones... información, en una palabra. Y también quiero libertad de movimientos. Que vosotros reclaméis mi colaboración extraordina-

ria para una operación en México. Más concretamente donde tiene su base de operaciones el Escorpión: Ciudad Juárez. Si no, no veo forma de salir de Las Vegas. Como excusa puedes decir que es necesario contrastar informes forenses que permitan vincular pruebas biológicas encontradas en casa de esa mujer con envíos de droga decomisada en Juárez. Ya sabes, huellas, trazas de alcaloides...

—La información te la puedo tener preparada en esta semana. Lo otro lo intentaré, pero que quede clara una cosa: si lo consigo, te acompañaré, y seré yo quien esté al mando. Creo que es lo razonable, tanto para mantener nuestra tapadera, como por el hecho de que tú viniste a verme a mí.

—De acuerdo —respondió el del buró federal, que había previsto alguna condición como esa.

Una vez solo en su despacho Gray dio vueltas a la pregunta que no le había formulado a su interlocutor:

—¿Qué interés especial tienes tú en este caso?

—¿Y qué más da, mientras me solucione problemas? —se contestó a sí mismo.

Aquella tarde Adam la dedicó a empaparse de los dossieres que Gray le proporcionara. No se había hecho ilusiones acerca de la tarea que le esperaba, pero aún así le estremeció el *curriculum* de los sujetos con los que iba a tener que lidiar. La que menos había pasado unos años enjaulada por haber arrancado un dedo de un mordisco a un policía cuando este trataba de detenerla. Pero con todo, lo peor era saber que la información de que disponía era escasa; sus años de experiencia le habían enseñado que raro era el delincuente al que encerraban por un delito que no hubiera cometido diez por los que no podía ser condenado; así como que había muchos delincuentes que jamás pisaban una cárcel.

En plena faena llamaron a su puerta. Cuando miró por la mirilla vió a Eva. Una vez dentro ella le recriminó en tono cariñoso.

—¡Vaya! El superagente no tiene tiempo para dedicarle a su *amorcito del alma* —dijo, imitando en tono burlón uno de los piropos favoritos de él.

—Perdona, Eva. Es el nuevo caso que tengo entre manos; me temo que tenga que ir a México un par de días —a ella no la gustó escuchar aquello aunque suavizó el tono de su respuesta al intuir en él un estado de ánimo muy alterado.

—Pensé que el trabajo de investigación era historia para ti. Si no recuerdo mal lo que hablamos sólo te dedicarías ya a hacer exámenes forenses. Lo de enfrentarte cara a cara con los criminales iba a ser historia.

—No he dicho que vaya allí a perseguir a los malos.

—No hace falta que lo digas, tu rostro habla por ti. Adam, atenderte por una plancha es una cosa, coserte una herida de bala otra muy distinta —dijo ella, refiriéndose al día en que durante una detención, se había llevado un balazo en un muslo. Fue poco tiempo después de conocerse y ella le había exigido que solicitase el traslado a una unidad menos conflictiva.

—Cariño, créeme. Es algo que debo hacer.

—Supongo que podrás decirme entonces por qué.

—Eva, a mí este asunto no me deja dormir tranquilo. Si te cuento de qué va, sólo conseguiríamos ser dos los que no durmieran y yo tendría que ir allí igualmente.

—¡Bueno, hombre, pues ve allí y haz lo que debas. Ahora, cuando vuelvas, esta tonta no va a estar aquí esperando —dijo ella dando un portazo tras de sí al marcharse.

—Quizá sea mejor de ese modo —pensó él volviendo a la lectura.

El Paso, Texas

Ciertamente, quien bautizara la ciudad tejana de El Paso no se complicó la vida en demasía. Como su nombre indica, es uno de los puntos fronterizos *formales* entre Estados Unidos y México.

Adam y Gray habían aterrizado la noche anterior en el aeropuerto y tras dormir en el motel donde les habían reservado habitación, a primera hora de la mañana siguiente se dirigieron a reunirse con el jefe local del FBI a bordo de un coche alquilado, para que les pusiera en antecedentes sobre la colaboración con sus *colegas* del lado mexicano.

Por la radio emitieron, entre canción y canción un breve espacio informativo, donde, entre otras cosas, se habló del tratado de libre comercio entre Canadá, USA y México.

—¡Deberían subirnos el sueldo cada vez que firman un maldito acuerdo de esos! —protestó Gray.

—¿Por? —preguntó Adam sin demasiado interés en la respuesta.

—Porque cada vez que suprimen trabas aduaneras nuestro trabajo aumenta. Sí, ya es imposible controlar que los millones de toneladas de mercancías que importamos nosotros cada año vengan *limpias*, excuso decirte cuando dependemos de las autoridades mexicanas. Si lo que viene de allí no lo controlamos nosotros, los traficantes sólo tienen que introducirlo en México y reexportarlo a nuestro país para burlarnos.

—Lo cierto es que lo tenéis jodido, sí.

—¡Más que jodido! Traficantes hubo, que fletaban aviones jumbo cargados con toneladas de droga desde América del Sur hasta cualquiera de las ciudades

mejicanas fronterizas con Estados Unidos. ¡En vuelos chárter con todos los permisos en regla! Y luego tan simple como cavar un túnel entre dos casas seguras, una a cada lado de la línea, o mil trucos más.

»La verdad es que hay que descubrirse ante la imaginación que ponen en el asunto.

Adam se quedó pensativo, imaginando cuántos de esos reactores estarían aterrizando en aquel preciso instante con sus valiosos cargamentos; decidió que no ameritaba demostrarle a Gray la inutilidad de la agencia a la que este pertenecía.

Aparcaron delante del complejo que albergaba las oficinas del FBI. Tras acreditarse, y después de esperar a que el jefe local despachara con otro agente fueron recibidos.

—Agente Smith, agente Gray —dijo mientras les iba estrechando la mano—. Jefe Vergara. Sus superiores ya me informaron del caso. ¿Qué necesitan de nosotros?

—Directo al asunto —pensaron a la vez los dos visitantes. Habló Adam, ya que a semejanza al anfitrión pertenecía al FBI.

—Señor, en primer lugar desearíamos saber qué grado de confianza le merecen nuestros colegas del otro lado de la raya. Usted debe de tratar continuamente con ellos, y me consta que es toda una autoridad en materia de operaciones conjuntas —dijo, pensando que regalarle el oído siempre ablanda a la gente.

—Bueno, ciertamente sí he coordinado algunos asuntos —respondió el halagado con la falsa modestia habitual en estos casos—. Y debo decirle que nuestros estimados vecinos sólo hacen como que trabajan cuando nuestros jefazos de aquí patean el culo de los suyos allí.

Lo primero de todo es que, para ellos, seguimos siendo los *gringos ladrones* que les birlaron un tercio de su país y que no contentos con ello, rememoran el suceso cada vez que cantan el himno de los marines.

Luego, por supuesto, tenemos la rampante corrupción de esa gente. Siempre que uno escarba un poco en los negocios clandestinos que se hacen

aprovechando la existencia de la frontera, acaba encontrando mafiosos con placa. De vez en cuando sí damos un puñetazo sobre la mesa. Se purga a unos cuantos, pero la cosa no suele ir más allá de su expulsión del cuerpo en el peor de los casos.

»Recuerdo por ejemplo que cuando hicimos la investigación conjunta de las narcofosas, antes de que tuviéramos que volver a poner la tapa sobre esa sentina para que el tufo no nos ahogara a todos, participé en la selección del personal mejicano que iba a intervenir en el asunto. Entonces yo ejercía de enlace entre sus *agencias de seguridad* y nuestro consulado en Juárez. Pues bien, mis superiores me ordenaron tratar de limitar en lo posible la presencia mejicana en el operativo, especialmente la de las *autoridades* del estado de Chihuahua. ¡Hasta me enviaron expertos para pasar por el polígrafo a los cooperantes mejicanos...!

»La verdad, el ciudadano de aquí no sabe lo afortunado que es.

Adam pensó que aquello sonaba a discurso de un político metido en campaña tratando de agradar a sus electores a golpe de chovinismo. La intervención de Gray le sacó de su ensimismamiento.

—Habrà alguien a quien podamos acudir.

—Bueno, claro que durante los años que llevo aquí he trabado cierta amistad con algunos individuos. No pondría la mano en el fuego por ellos, pero sí me consta que sus corruptelas son peccata minuta. Si me precisaran ustedes un poco más el alcance de su investigación, eso me ayudaría para remitirles a la persona más adecuada.

Contestó Adam, esquivando el evidente intento de husmear que había en la pregunta de Vergara.

—Ciertamente, necesitaremos tratar con la gente de allí que se ocupe de homicidios y de analíticas forenses. Como consta en el informe que le enviaron, creemos que el esclarecimiento de las circunstancias que rodearon la muerte de una traficante, junto con la determinación de la procedencia de cierta cantidad de mercancía hallada en su poder, pueden ser de gran utilidad para dismantelar los cárteles de droga que operan en la frontera. Un listado de contactos sería lo mejor dado que realmente no tenemos muy claro dónde empezar a buscar.

—Comprendo —respondió Vergara, resignado—. Les daré algunos nombres —dijo mientras tomaba un archivador que tenía ya preparado encima de la mesa con el sello de secreto estampado en la tapa. Tras abrirlo, fotocopió unas cuantas hojas y luego se las dio tendió a Adam. Nada que éste no hubiera podido conseguir por sí mismo de la base de datos del FBI pues eran viejas fotos de graduación de oficiales de policía mexicanos, junto con datos actualizados de contacto.

Mostrando la decepción que le produjeron aquellos pobres documentos, preguntó.

—¿No podría facilitarnos algo acerca de *fuentes extraoficiales* de información? —refiriéndose a los infiltrados, agentes y soplones que habitualmente participan en operaciones conjuntas o encubiertas.

—Lo lamento Adam, es todo cuanto puedo darle. Proceder de otro modo pondría en peligro a muchos, y no considero que la importancia de la misión justifique el riesgo.

—Está bien, gracias señor.

—No dejen de informarme cuando crucen la raya. Debo poner sobre aviso a la gente de allí.

Saliendo del edificio Gray dijo irritado.

—¿Está bien, gracias señor? ¡Qué forma de perder el tiempo!

—Sí, lo seee —concedió Adam.

—¡Yo ya he tratado con todos los que figuran en la lista que nos dio ese jefe tuyo; y son, o bien unos lerdos, o bien los más corruptos! ¡Además, el listín telefónico contiene más información sobre ellos que la que nos ha dado Vergara! —respondió el de la DEA agitando los papeles en el aire.

—A mí también me decepcionó. Pero me lo esperaba. A fin de cuentas, oficialmente estamos aquí por una operación menor entre DEA y FBI y ninguno de los jefes querrá ceder sus preciosos contactos para que las medallas se las pongan al otro departamento. Tampoco perdíamos nada pidiéndole ayuda. Además, no venir a verle hubiera sido sospechoso.

—¿Y ahora qué? Yo puedo recurrir a mi gente pero, con sinceridad, esperaba una mayor aportación tuya a nuestro consorcio.

—¿Nunca te han dicho que pierdes demasiadas oportunidades de mantener la boca cerrada —zanjó Adam con una media sonrisa de ironía para ablandar un poco la dureza de la respuesta.

Gray, intrigado, escogió aprovechar su segunda oportunidad.

Mientras subían al coche, no advirtieron que desde la ventana de su despacho, Vergara los fotografiaba con su teléfono móvil. Luego dedicó unos minutos a tomar café; con el líquido entre pecho y espalda, salió de su despacho, indicando a la secretaria que se ausentaría un rato.

Ya en la calle cogió su coche. No necesitaba hacerlo porque se dirigía al ciberlocal sito cinco manzanas más allá, pero pensó que sería más discreto así. De todos modos tuvo que andar cuatro bloques, dado que no encontró hueco más cercano a la puerta del establecimiento y tampoco quería usar la identificación oficial que le evitaba multas de tráfico, tanto en acto de servicio como fuera del mismo.

Sentado ante un ordenador, abrió una dirección de correo electrónico previamente acordada con su contacto, descargó las fotos que había tomado con el móvil, dejó cerrada la conexión y tras pagar el tiempo empleado, se marchó.

Horas después, en un local similar al otro lado de la frontera, un hombre abría ese mismo e-mail y grababa las fotos en un disket.

Antes de irse, dejó escrito un mensaje, guardado como borrador:

«Buen trabajo amigo. Saludos.»

Cada día la frontera entre Estados Unidos y México es transitada por un incalculable número de personas. Al grupo de los que lo hacen legalmente, debe sumarse una gran cantidad de espaldas mojadas, indocumentados en busca de una vida mejor. En su persecución, captura y deportación, Estados Unidos gasta cada año millones de dólares, parte de los cuales corresponden a la policía de fronteras.

Tras la protocolaria visita de rigor al encargado local de la DEA, cuyo espíritu de colaboración no fue mayor que el de Vergara, Adam y Gray acudieron a un encuentro mucho más distendido.

El garito era cutre, de pseudoambiente sudista donde no dejaban de sonar rancheras en inglés y sólo era prudente pedir al camarero cerveza, so pena de una grosera risotada de la distinguida concurrencia. A menos, claro está, que lo solicitado en lugar de aquella fuera whisky o tequila; los hispanos podían no ser bienvenidos en el local, pero su bebida sí era apreciada.

Gray esperó en la barra mirando a su alrededor con disgusto; pero Adam, en cuanto tuvo localizado al tipo a quien habían ido a ver, avanzó sonriente hacia la mesa donde estaba sentado.

—¡Teeeeexx!

—¡Doooc! —respondió el pelirrojo armario ropero levantándose, aprisionando a Adam en un fuerte abrazo de oso, y apretando a la par que le levantaba del suelo.

El de Las Vegas siguió el juego, haciendo como que pegaba al otro dos golpes con los antebrazos y cuando se vio libre rompieron a hablar.

—¿Cómo es que a un irresponsable como tu le ponen a vigilar nuestras fronteras? —bromeó Adam—. No voy a poder dormir tranquilo nunca más.

—Más a gusto de lo que estaré yo la próxima vez que visite tu ciudad... ¡Federales! ¡Lo peor de lo peor! —contraatacó el otro.

Ya reunidos todos en torno a unas bebidas, siguieron unos momentos de chanzas y rememoración de viejas batallas, hasta que por fin el policía fronterizo preguntó.

—¿Y qué te trae por aquí, viejo amigo´

—El asunto más feo que haya tenido que enfrentar en mi vida, Tex.

Cuando Adam le hubo contado la historia del hallazgo del DVD y de su contenido, el tejano, tenso, exclamó.

—¡Jooder!

Luego, mientras su amigo del FBI justificaba la presencia de Gray, logró hacerse a la idea del problema que acababa de surgir en su vida.

—¡Dios, Doc! Uno cree que ha visto u oído todo en su vida, y siempre viene alguien que le sorprende con lo último de lo último en mierdecas.

—Tex, te necesito. Tú aquí conoces gente, sabes quiénes son de fiar...; yo estoy ciego, y Gray debe ceñirse al asunto de las drogas para que los jefazos nos dejen trabajar aquí, lo que limita mucho nuestro margen de maniobra *oficial*.

—¿Seguro que quieres meterte en este follón, Adam? Gray acercó un poco su cabeza a las de los otros, expectante ante la posibilidad de saber qué movía al otro en aquel asunto.

—Seguro, amigo mío.

—Para mí, es suficiente. Cuenta conmigo.